DAMIÁN COMAS

Cenizas

DEBOLS!LLO

I

La selva tucumana despierta con los gritos de un mono araguato. Bajo los árboles, perdida entre cientos de kilómetros de vegetación, se escucha la tos de un hombre que camina descalzo, con un sabor tan agrio en la sangre que los zancudos ya no pululan a su alrededor.

No porta palabras; durante años ha estado inmerso en la soledad absoluta, repleto de sus propios pensamientos, del color verde y del sonido de las aves, la lluvia, la agitación de las hojas y algún que otro animal terrestre: grillos, simios, lagartos.

Camina grandes distancias, deja que los días transcurran, y durante las horas de sol intenso, se esconde bajo los árboles y duerme. Cuando cae la noche, cruza esta selva baja sin luz. La naturaleza es suya. Sabe que ni siquiera el primer ser se sintió tan de ella como él, aunque también reconoce que ella es cruel y ahora, solo y enfermo en la yunga, ya no tiene futuro; no puede

cargar troncos ni trepar árboles ni soportar el frío ni el hambre como antes.

Desde una colina, observa el paisaje y trata de identificar su ubicación. Ha olvidado el camino por el que décadas atrás llegó, pero alcanza a ver una línea gris entre la espesura del verde y nota el tenue movimiento de un tráiler plateado en esa carretera. Sin oír a la inmensa máquina por la distancia que hay entre ambos, se queda tieso, con un dolor que lo recorre del estómago a la cabeza, con el pesar de un mundo paralelo que se inmiscuye en el suyo. No obstante, reconoce que si camina hacia esa línea de asfalto y la toma en cualquier dirección, llegará tarde o temprano a una zona urbana.

Por séptima vez, cae la noche negra, cálida, silenciosa. Las moscas lo siguen como a una bestia que anda entre los cerros. Recorre una larga extensión de terreno hasta que se encuentra con un montón de luciérnagas y de pronto, un primer farol con el zumbido de la bombilla se apropia del paisaje. El hombre se detiene por varios minutos y recuerda que ha olvidado la palabra «luz»; que de ver a alguien no será fácil pronunciar un saludo ni formular una pregunta, ni siquiera decir su nombre: «Jorge», y sabe que alguien como él —sin dinero, barbado, sucio— representa para los otros lo mismo que un animal.

Encandilado, da unos pasos hacia el frente y bajo la planta de sus pies siente la dureza y el calor del asfalto. Sobre la carretera solitaria avanza otros cuatro kilómetros que le resultan ajenos ante la planicie del camino, y por fin vislumbra las luces de un pueblo de chozas.

Afuera de una vivienda, tres viejos campesinos toman mate y un niño revuelve el agua y la yerba, colocando un toque de azúcar cada vez que los viejos campesinos comparten la bebida humeante. El hombre se acerca despacio y les sonríe con falsedad. Los ancianos ni se inmutan: saben de muchos misántropos aislados en la naturaleza. Balbuceando, como un gorila, entre sus largas barbas y cabellos, con el rostro quemado y maltratado, Jorge pregunta:

—¿Dónde estoy?

Los viejos se ríen, el niño no entiende cuál es la gracia pero también se da una fuerte cachetada para matar al mosquito que lo pica. Desconcertado, el desconocido tampoco recuerda la risa y ve a los tres ancianos y al niño del mismo modo en que podría estar observando a un grupo de pájaros sobre un árbol.

Uno de los viejos contesta:

—Este es el pueblo de Balladares, Tucumán. ¿A dónde quiere llegar?

—Capital.

Nuevamente los viejos se tiran a reír.

—¡Che! Este está más perdido que un político honesto —dice uno de ellos entre las carcajadas que aumentan.

El hombre no entiende la situación. Lentamente las risas terminan y todos presencian el silencio de la noche y el valle por unos segundos, hasta que uno de los ancianos lo interrumpe:

—¿Piensa cruzar el país a pie?

—Sí —responde Jorge mientras los mira detenidamente.

Las risas de los viejos regresan, pero el individuo vuelve a preguntar:

—¿Agua? ¿Comer?

Uno de los ancianos se levanta, entra riéndose a su pequeña vivienda y sale de vuelta para ofrecerle un poco de pan. Hambriento, Jorge apresura el primer bocado.

—Acá la comida se gana, che. No se regala. ¿Tenés con qué pagar? —pregunta con seriedad.

El ermitaño no contesta pero deja de comer. Otro viejo se le acerca cojeando, le palpa el bíceps y dice:

—Usted es bastante grande, tiene buena estatura. Puede ser útil para muchas cosas.

Sin responder, Jorge le regresa el resto del pan y continúa su camino. Lo sigue el niño mientras un viejo grita:

—¡Oíme, nene, vení acá! ¡No caminés con extraños!

Pero, dada la gran estatura del hombre, el niño desobedece y va tras lo que le resulta una especie de árbol vagabundo. Después de unos minutos, se detienen, Jorge lo mira a los ojos y dice:

—Ve a casa.

El niño estira la mano y le ofrece otro pan. El adulto, agradecido, toma el alimento, acaricia la cabeza de la criatura y continúa su andar durante la noche, iluminada por los escasos faroles que bordean cada tanto la carretera.

*

La luz que antecede toda materia separa una vez más la noche del día. Jorge vislumbra una ciudad: las construcciones lentamente se convierten en edificios, casas, negocios. En las calles, automóviles quietos y un aura que recién aparece reflejando su luz sobre el suelo. Jorge cruza debajo de un puente y a lo lejos observa a los transeúntes que comienzan a estar de pie, quebrantando la horizontalidad del mundo.

Camina. Evade las miradas. La gente se sorprende de su estado de abandono e incluso se disgusta con su olor. Un grupo de jóvenes lo observa pasar y algo susurran entre ellos. Él continúa y tras sí escucha:

—¡Andáte, cerdo!

A pesar de que reconoce las palabras, las ignora. Avanza hasta llegar a una plaza, busca una banca y ahí descansa por horas. El entorno se reduce a lo que alguna vez fue su vida: mujeres, parejas, niños, alimentos, automóviles, objetos... Conforme el sol asciende, crece la cantidad de personas que lo ignoran forzosamente o lo miran con miedo, y al incomodarlos, el aparentemente indigente prefiere retomar su andanza.

Atraviesa la ciudad a pie. Cuando ve una panadería se detiene. Ofrece su mano de obra, sabiendo que en pocos días podría recordar el oficio que ha heredado de su padre. De inmediato, el encargado le pide que se retire. «Me vas a ahuyentar a los clientes con ese olor», le dice cerca del oído. Jorge no se molesta: también ha olvidado el enojo, pero a cambio de marcharse pide agua, cinco panes y un cigarrillo, que le conceden en el acto.

Al salir de la provincia, recuerda el gesto de alzar el dedo pulgar frente a la carretera. Nadie se detiene más que las camionetas de redilas, en las que viaja por varias horas al lado de material de carga o ganado. Simplemente avanza, golpea el techo del conductor cuando cree que es buen momento para descender, y roba objetos que puede intercambiar por alimento: una cuerda, un casco, un martillo, cualquier cosa. En la antepenúltima camioneta, al descender, hurta un galón de gasolina.

Dos días después, tras buscar múltiples escondites en las ciudades y recibir suficientes muestras de

desprecio, Jorge llega a la capital; comienza a recorrerla. Comercios por doquier, ruido infernal, un aire tan contaminado que dificulta su respiración, calles repletas de gente que va deprisa en múltiples direcciones, bastantes indigentes con los que puede mimetizarse. A pesar del tiempo que estuvo en aislamiento, preso y luego en la selva, reconoce algunas avenidas, y mientras camina observa, frente a la estación de Congreso, a una mujer mayor que fuma y barre las colillas de los escalones de arriba abajo. «Nada puede barrerse de abajo hacia arriba, aunque se intentó», piensa Jorge y se detiene a mirarla: al llegar al nivel de la calle, la anciana junta cientos de colillas sobre una masa de polvo, la levanta con el recogedor, la deposita en una bolsa de plástico y, agotada, se apoya en la escoba, fuma y tira su colilla al piso. «La primera de mañana», se dice la mujer y se dirige al otro extremo de la estación.

Jorge continúa avanzando, recupera una parte de su memoria con las señalizaciones que lo conducen a la gran plaza que guarda, según palabras de su viejo, «a Alí Babá y los Cuarenta Ladrones: el Congreso de la Nación», donde confabulan, de una u otra manera, quienes se llevaron el mundo que habitó.

Frente al Congreso, saca el cigarrillo que ha ocultado bajo sus ropas harapientas y lo abandona en el suelo. Lava sus manos con el contenido del galón que cargó durante días y lo frota contra su piel como si tratara de

limpiarse antes de entrar. Lo vierte en los antebrazos y los restriega; luego en la cara, la barba, el cabello y, a pesar del ardor que siente por el solvente, persiste.

Termina de bañarse y la gasolina sucia, por la mugre de su piel, escurre sobre el piso de mármol blanco dejando gotas negras. Jorge se levanta, abandona el bote. Con los ojos llorosos, un fuerte ardor de nariz y labios, da un paso y recoge el cigarrillo. El papel de arroz se moja con la humedad de sus dedos y a las catorce horas de un veinticuatro de marzo, en su mayor acto de protesta, le pide fuego a una señorita para recordar el sabor de una bocanada.

Penguin Random House Grupo Editorial